

## DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO Y LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Por Edmundo Correas

Domingo Faustino Sarmiento, el gran educador y civilizador argentino, nació en la provincia de San Juan el 15 de febrero de 1811 en el seno de una familia honorable y pobrísima. La vida de Sarmiento ofrece muchos aspectos parecidos a las vidas de Franklin y Lincoln, a quienes él admiró con la pasión que fue una de las características de su recia personalidad.

Sarmiento, como Rousseau, fue precoz lector, y al modo del ginebrino y también empujado por vocación natural y por el estímulo paterno, leyó con avidez y desorden cuanto libro tuvo a su alcance. Sin duda, no eran muchos porque San Juan era entonces una pequeña ciudad de 6000 habitantes y muy pocos vecinos tenían libros. Pero el niño se dió maña para pedirlos en préstamo y leyó con fruición registrando en su poderosa memoria cuanto leía. El ha recordado en alguno de los 52 volúmenes de sus escritos, que una de sus primeras lecturas fue la vida de Franklin y que ningún libro le hizo tanto bien. «Yo me sentía Franklin —dice— ¿Y porqué nó? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él y siguiendo sus huellas podía algún día llegar a formarme como él, ser doctor *ad-honorem* como él y hacerme un lugar en las letras y en la política americana.»

Empujado por su pasión de saber, estudió francés nada menos que en la carcel de San Juan, en su adolescencia, con la ayuda de un rústico soldado de Napoleón, y mas tarde, siendo empleado de comercio en Valparaíso, inició el aprendizaje del inglés con sacrificio de la mitad de su escuálido sueldo que pagó al maestro, además de 2 reales al sereno que le despertaba para estudiar a las 2 de la mañana. Con los años, llegó a manejar muy sueltamente el francés, y hasta lo enseñó; en cambio, su lengua se resistió a imitar los fonemas del inglés y recién durante su legación en los Estados Unidos pudo pronunciarlo con relativa corrección, pero lo leyó y escribió sin embarazo. Ocasionalmente estudió italiano, portugués y alemán.

Cuando Sarmiento se radicó en Santiago de Chile a fines de 1840 todavía no tenía ninguna fama como intelectual, pero seguía leyendo a destajo, con preferencia libros franceses. Tan apasionada era su

admiración a Francia en esa época que el escritor Rafael Minvielle llegó a decirle que en vez de Sarmiento debiera ser Monsieur Sarmin-tier ... De todos modos, lee, como en su infancia sanjuanina, todo impreso que cae en sus manos. De los escritores norteamericanos no olvidará nunca a Fenimore Cooper y sus aventuras a través de praderas pobladas de bisontes y bosques donde los cazadores de pieles realizan hazañas maravillosas. Todavía no tiene un programa ordenado de lecturas, no profundiza un conocimiento determinado, ni demuestra vocación científica concreta, aunque le interesan los temas educacionales y sociales. Sus estudios orgánicos son insignificantes, pues solamente ha cursado en la escolita primaria de su ciudad natal, de maestro único. De todos modos, se siente capaz de dar consejos y como tiene un temperamento fuerte y avasallador, se traba en pendencia literaria contra unos jóvenes chilenos que desde las columnas de *El Semanario de Santiago* le envían terribles brulotes. «Cambiad de estudios —les contesta el sanjuanino— y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de donde quieran que vengan; nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones de los grandes luminaires de la época y escribid con amor lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo aunque rabie Garcilaso.» El chileno José Victorino Lastarria —que llegó a ser gran amigo de Sarmiento— ha escrito una hermosa página sobre este revolucionario de las letras, sobre este jovenviejo raro al que conoció Lastarria por entonces en la bohardilla que ocupaba en una casa de vecindad, el Portal de Sierra Bella, sobre la plaza de Santiago. La habitación era mísera: una cuja de roto chileno, una silleta de totora, una mesita sumaria y varios tomos del *Diccionario de la Conversación* enfilados sobre el piso de ladrillos de la mísera habitación. Eran todos los tesoros materiales del altivo argentino, disminuidos días mas tarde cuando por necesidad vendió el diccionario al mismo Lastarria, a cambio de 4 onzas.

### Madurez intelectual de Sarmiento

En Chile empieza la madurez intelectual de Sarmiento y se profundizan sus angustias por la suerte de su Patria y de la América española. El es una de las tantas víctimas de la barbarie que reina en la

Argentina. Por motivos políticos fue encarcelado cuando todavía era un niño; a los 18 años participó en batallas cruentas contra los bárbaros y a los 29 años de edad vive en Chile, expatriado, solo, pobre. Mientras tanto, gobierna desde Buenos Aires el tirano Juan Manuel de Rosas, enemigo declarado de la ilustración y de todo lo que sea expresión de cultura. Solamente cultiva el odio. Todos los argentinos más ilustrados y, sobre todo, cuantos aman la libertad, han emigrado de la patria. Sarmiento es uno de ellos.

Dos estilos de vida dividen a los argentinos: civilización y barbarie. Sarmiento sabe que una sociedad civilizada se funda en la libertad, en el respeto a las ideas políticas y a los sentimientos religiosos. Piensa que solamente por vía de la educación popular es posible regenerar a la sociedad y esa regeneración hay que inculcarla desde la infancia, sin distinciones de plebeyos y decentes. Concretado su programa de civilización lo divulga en artículos periodísticos, no siempre doctrinarios, y suscita discusiones, reclamaciones diplomáticas, enconos, resentimientos; a su vez, recoge agravios, amenazas y hasta golpes. Publica el *Facundo o Civilización y Barbarie* para exhibir con realismo crudo el problema que le angustia. En esos días, el Ministro chileno Don Manuel Montt, que estima al argentino y confía en su porvenir, le envía a Europa para estudiar sistemas educacionales. Sarmiento tiene 34 años y nunca ha cruzado el mar. Sabe que los viajes complementan la instrucción libresca, única que él ha adquirido hasta entonces. Viajará, pues, para conocer esa Europa que admira a través de sus libros y de su imaginación, esa Francia que le sorbe los sesos y el corazón. Durante más de un año recorre Europa, con los ojos bien abiertos, visitando escuelas, museos y universidades. La decepción sucede al entusiasmo de los primeros días. «¡Eh, la Europa! —exclama—. Triste mezcla de grandeza y abyección, de saber y embrutecimiento a la vez; sublime y sucio espectáculo de todo lo que al hombre eleva o le tiene degradado; reyes y lacayos, monumentos y lazaretos, opulencia y vida salvaje!»

### Sarmiento visita por vez primera los Estados Unidos

En Inglaterra oye hablar de Horacio Mann, un norteamericano que había revolucionado los sistemas pedagógicos de su país, especie de

apóstol de la educación popular, que vivía en Massachussetts asiento de su cuartel revolucionario. Sarmiento lee en Londres el *Informe de un viaje educacional en Alemania, Francia, Holanda y Gran Bretaña* de Mann y así sabe que éste ha recorrido dos años atrás su mismo itinerario y visto las mismas escuelas. Desde que leyó el Informe el argentino comprendió que necesitaba conocer la «República única, grande y poderosa que existe en la tierra». Así escribe él en 1847, año en que emprendió su viaje a Nueva York desde Liverpool. Su bolso estaba casi vacío, pero sus ansias de conocer el país de Horacio Mann eran más fuertes que todas las precauciones.

En Norte América ve «ríos como lagos, lagos como mares», llanuras onduladas por donde aún pacen bisontes y bosques batidos por tramperos cazadores de pieles que le recuerdan *El último mohicano* de Cooper. El Niágara le cautiva con sentimiento extraño que no había experimentado nunca. «Era el secreto deseo de quedarme aquí a vivir para siempre . . .» Pero como el principal objeto de su viaje era visitar a Horacio Mann, a la sazón secretario del Consejo de Educación de Massachussetts, se dirigió a West Newton, no lejos de Boston, donde vivía el educador con su familia. Ya entonces, Boston tenía fama por la cultura de su gente que, además, era cumplida, sociable y con ciertos puntillos de orgullo.

Horacio Mann era un abogado de clientela numerosa, acreditado por su caracter recio, espíritu justo y bondadoso hasta la filantropía. Desde su banca de diputado combatió la esclavitud en discursos célebres, y apenado por las diferencias sociales que se iniciaban en escuelas diferenciadas para ricos y pobres, proyectó la enseñanza común, para todos, de manera que desde niño se formara la conciencia democrática. Un día, «ese ciclón humano —como lo describe Van Wick Brooks— alto y severo, vestido de levita, tan ansioso, tan exacto, tan dogmático pero con una voluntad tan fuerte como el espolón de un buque» cerró definitivamente su bufete de abogado diciendo «dejemos que la próxima generación sea mi clientela». Desde entonces no hizo otra cosa que divulgar las virtudes de su sistema y fundar escuelas comunes donde se enseñaban los principios de la democracia, de la libertad y de la propia y ajena estimación. Había sido casado con una hija del rector de la Universidad de Brown de la que enviudó en 1832 y once años más tarde contrajo segundo matrimonio con Mary Peabody.

Muchas horas durante dos días pasaron juntos aquellos hombres unidos por una misma pasión. Sarmiento hablaba en francés y la señora de Mann oficiaba de intérprete. Así conoció el argentino por boca del mismo autor su maravilloso programa educacional y las muchas dificultades que la envidia y la rutina provocaban. Pero ya funcionaban en Massachusetts escuelas públicas y normales de cuyas aulas salían muchas maestras que fieles a los principios del apóstol, renunciaban a la vida cómoda de las ciudades y se internaban en los turbulentos villorrios del Far West para realizar el programa civilizador.

Nunca más volvieron a verse Mann y Sarmiento, pero pocas amistades han tenido mayor trascendencia en la vida de la cultura continental. Mann desde el Norte y Sarmiento desde el sur realizaron la campaña mas asombrosa por el triunfo de la educación popular.

Sarmiento recorrió 21 Estados, viendo, comparando, aprendiendo y admirando. El ha nacido en una aldea junto al Ande y ha vivido en una bohardilla de una ciudad colonial, olorosa de copihues e incienso. Ha sufrido material y moralmente. Es un proscripto. No ha visto en su tierra nativa ni en Chile cosas tan maravillosas como las que a cada paso ve en los Estados Unidos: trenes, telégrafos, máquinas; ciudades limpias, de calles anchas, arboladas y alegres; casas atrayentes, confortables donde vive gente laboriosa, ordenada y feliz. Nunca ha visto una sociedad como esta, unida por sentimientos de cristiana solidaridad, que se ilustra en escuelas comunes y bibliotecas de barrio y forma opinión a través de reuniones cordiales, o de periódicos locales, o de conferencistas callejeros que disertan, indistintamente, sobre temas bíblicos o de economía doméstica. Nunca ha disfrutado de la libertad y de la tolerancia religiosa y política que gozan esos norteamericanos respetuosos de las ideas y sentimientos ajenos. No ha conocido jamás una verdadera república, democrática y federal como esa fundada en el mismo Continente americano, apenas unos pocos años más vieja en su independencia que la suya y miles de años más joven que la Europa. «¿Qué pueblo del mundo —se pregunta— ha sentido más hondamente esta necesidad de confort, decencia, holgura, bienestar y cultura de la inteligencia? ¿Qué pueblo ha sentido más horror por el espectáculo feo, la pobreza, la ignorancia, la degradación física y moral?» Es verdad que no faltan pesares a esa sociedad «única en el mundo». En Nueva Orleans se horroriza al ver esclavos que hacen vida bestial. «¡Qué fatal error —exclama— fue el de Washington y de

los grandes filósofos que hicieron la declaración de los derechos del hombre al dejar a los plantadores del sur esos esclavos!» Reconoce que esa lacra no la han provocado los norteamericanos sino que la heredaron de los ingleses. No encuentra solución a este problema social y racial. Solamente una guerra entre Norte y Sur, guerra de razas, de libertad.

Al salir de los Estados Unidos rumbo a La Habana, Sarmiento escribe a su amigo Valentin Alsina el 12 de noviembre de 1847 que «si Dios le encargara formar una gran República la construiría como la Norteamericana y con sus mismas riquezas». Y agrega que «el único pueblo del mundo que lee y escribe en masa, donde hay 2000 periódicos que satisfacen la curiosidad pública y la educación y el bienestar está al alcance de todos, es el norteamericano». Reconoce que hay defectos, que la urbanidad no es el fuerte de los yankees y que en este punto son «los animalitos más inciviles que llevan fraque». También sabe que la codicia y la mala fe andan sueltas, pero no obstante y sin disculpar los malos hábitos y defectos, declara que «los norteamericanos son el único pueblo culto que existe en la tierra, el último resultado obtenido de la civilización moderna» y que esos vicios y defectos son comunes a la especie humana, a la herencia y a la imperfección de la inteligencia. Para él los norteamericanos son comparables a los romanos antiguos: «la misma superioridad viril, la misma pertinacia, la misma estrategia, la misma preocupación por el porvenir de poder y de grandeza». En su entusiasmo desbordante cree que hasta el sol alumbraba de «un modo especial a esa gente que en sus proyectos, empresas y trabajos demuestra una fuerza y optimismo que deja muy atrás a la especie humana, en general». Por fin, Sarmiento ha encontrado su camino de Damasco. Empezará su apostolado y cuando tenga patria luchará con sus inmensas fuerzas por el triunfo de la educación popular y del federalismo, bases de la prosperidad asombrosa de los Estados Unidos.

### Sarmiento es designado ministro plenipotenciario en los Estados Unidos

Sarmiento regresa a Chile en 1848 repleto de ideas norteamericanas. En 1852 vuelve a la Argentina y recién en 1855 se instala definitivamente en Buenos Aires. Escribe en diarios, publica folletos y libros,

actúa en funciones públicas y en todas ocasiones demuestra su admiración a los Estados Unidos. No faltan quienes ridiculizan o critican su devoción a lo norteamericano. El Dr. Navarro Viola observa que «el señor Sarmiento a cada rato nos invoca el ejemplo de los Estados Unidos pero no se acuerda que la sociabilidad yankee es distinta a la nuestra». Pero a él no le afectan las burlas ni las críticas. «Ya sabes —le dice a su amigo Posse— que me curo poco de la opinión de los demás y que soy siempre el mejor testigo que puede citarse contra mi».

En 1862 es elegido Gobernador de su provincia nativa, San Juan, y de inmediato inicia un programa de transformaciones. Empieza por imponer la enseñanza obligatoria en las escuelas; dispone con ayuda de parientes y amigos levantar una escuela modelo; manda aderezar los frentes de las casas y él mismo da ejemplo blanqueando los adobes de la propia. Quisiera transformar la ciudad en alguna de esas bonitas *towns* que él conoció en los Estados Unidos, tan alegres, tan limpias y arboladas, como West Newton, pero no todos le comprenden y la barbarie lo amenaza en su misma Provincia. No vacila, pues, en aceptar las credenciales que le extiende el gobierno de Mitre para representar a la Argentina como Ministro Plenipotenciario y enviado Extraordinario en Chile, Perú y los Estados Unidos, lo que ocurre el 20 de marzo de 1864. Formalizado el nombramiento, Sarmiento escribe a Posse asegurándole que si le dejan, cambiará la inútil y costosa diplomacia argentina en el exterior, «en oficinas laboriosas de estudio, de comunicación de medios y elementos de civilización».

Cuando el flamante Ministro Plenipotenciario llega a Nueva York, en los Estados Unidos se han producido cambios y sucesos trascendentales. La esclavitud acaba de ser abolida después de una larga y sangrienta guerra que él mismo vaticinó. El gran Presidente liberador, Abraham Lincoln, ha sido asesinado en el mes anterior. El Vice Presidente Andrew Johnson ha asumido el poder ejecutivo entre vientos de fronda que soplan los congresales, pero el país empieza una nueva etapa de felicidad y renovado optimismo, salvo el Sur, todavía resentido. Ya hay 36 Estados y perspectivas de incorporar otros. Los ferrocarriles avanzan por millares de kilómetros en todas direcciones. Los fabricantes empiezan a dominar los mercados mundiales; sobre las praderas donde antes pacían los bisontes, ondean mieses que los granjeros siembran, cosechan y transportan con nuevas máquinas recién inventadas o perfeccionadas. Dos mundos dividen al país: el industrial

y el agrícola, pero el trabajo y la fe los une a todos. La fiebre del progreso ha contagiado a la población. En lugar de los antiguos ranchos sobre el Pacífico se levantan ciudades presuntuosas, como Los Angeles y San Francisco. Las aldeas que conoció Sarmiento en su viaje anterior son ahora *cities* importantes y otras miles pequeñas ciudades han surgido desde entonces. Desaparecida la esclavitud, el pueblo vive la democracia que el mismo pueblo elabora de acuerdo a la definición que Lincoln reveló a la posteridad en su inmortal Oración de Gettysburg.

Sarmiento desembarcó en Nueva York el 15 de mayo de 1865 acompañado de Bartolomé Mitre y Vedia, hijo del Presidente de la Argentina y secretario de la Legación. Bartolito fue desde el primer día, secretario, intérprete, discípulo y confidente de Sarmiento. Los otros miembros de la Embajada eran los jóvenes Juan Lavalle, hijo del General, Carlos A. D'Albach y Salcedo.

El Ministro Plenipotenciario debió sufrir una terrible contrariedad al advertir, apenas desembarcado, que había perdido el baúl que contenía su credencial y la carta autógrafa de Mitre para Lincoln. De todos modos, se dió maña para asistir en Washington al desfile de 200.000 soldados vencedores en la reciente guerra civil. Le ubicaron en un tablado donde estaban el Presidente Johnson, el ministro Sherman, el general Grant y otros personajes. Al día siguiente fue admitido en una audiencia del tribunal militar que juzgaba a los cómplices e instigadores de Booth, el asesino de Lincoln.

Se instala en Nueva York para estar más cerca de Boston y de los grandes institutos educacionales y empieza a realizar la más singular embajada que han de recordar los anales de la diplomacia internacional. Vive como afiebrado, acumulando vida en horas que vuelan. Se levanta a las 5 de la mañana, estudia inglés, compone libros, atiende su creciente correspondencia, almuerza fuera del hospedaje que es la casa de un pastor protestante, vuelve al trabajo, y al dar la media noche y muy a su pesar se entrega al descanso.

Agotado por el trabajo, Horacio Mann había muerto seis años antes diciendo a sus discípulos: «Tened vergüenza de morir mientras no hayáis ganado alguna victoria para la humanidad», pero su viuda, María, que Sarmiento había conocido en 1847, vivía y continuaba la prédica del incansable Mann.

María Peabody de Mann pertenecía a una familia principal de ori-



gen inglés radicada en Salem, Ohio, cuyos antepasados entroncaban con la reina Bodicea, según afirmaba entre chanzas y veras el Dr. Nathaniel Peabody, médico, librero y estudioso, padre de María, Isabel y Sofía, tres hermanas que llegaron a ser famosas<sup>1</sup>. En 1865, cuando Sarmiento se instaló en Nueva York, ella vivía con sus hijos en Concord, no lejos de Boston, en una casita blanca rodeada de pinos azules. El Ministro le envió una carta, escrita en inglés por Bartolito, y ella le contestó en español, idioma que había aprendido durante una estada en Cuba. «Saltando de gusto» Sarmiento vuelve a escribirle asegurándole que Dios se la envía como Angel Tutelar. Desde ese día y hasta la muerte esos dos seres quedaron unidos por la más fuerte afinidad intelectual. Pocas amistades ha de ofrecer la historia tan generosa y fecunda como esta iniciada en el ocaso de la vida y nacida de la veneración común a la memoria del educador famoso, el «ciclón humano» que vivió de darse y que, sin duda, tenía con Sarmiento muchas analogías. Posiblemente, en ninguna mujer, excepto su madre y hermanas, ha confiado Sarmiento con más desinterés y seguridad. A ella reveló intimidades del hogar, le habló de sus amigos y enemigos, de su vida y vicisitudes, de la Patria, de sus ambiciones e ideales. Ella tradujo su *Facundo* y escribió su biografía en inglés; por ella fueron seleccionadas las primeras maestras norteamericanas llegadas a la Argentina; ella le vinculó a personajes eminentes en las ciencias y en las artes, y ella se consagró a servir a la patria de su amigo. Sin ella la embajada de Sarmiento hubiera sido muy distinta pero no mejor de lo que fue. Desde 1865 no hay suceso importante en la vida de Sarmiento que no lo haya hecho conocer a su amiga hasta 1884 en que ella muere.

En noviembre de 1865 Sarmiento visita por primera vez a la señora de Mann, a su Angel Viejo cuyo corazón le «arrastra» de bondad y simpatía por su «Mr. Sarmy», como nombra a su amigo. La bondadosa María desea hacerle conocer y admirar del mundo entero, es decir de su mundo, del de sus afectos que es el más selecto de Boston. Le presenta a sus hijos Benjamín y Jorge, su hermana Isabel y sus amigos, el filósofo Ralph Waldo Emerson, el poeta Enrique Wodsworth Longfellow, el astrónomo Benjamín Aphorp Gould y el naturalista Luis Agassiz. El gran corazón de María reboza de contento, aunque días antes le han robado todos sus ahorros, de lo que no

<sup>1</sup>) Louise Hall Tharp, *The Peabody Sisters of Salem*, Boston 1950.

da cuenta a Sarmiento para no afligirle. El Día de Acción de Gracias, el Ministro argentino come en familia con los Mann. Los amigos presentados por la dueña de casa le agasajan y le invitan. Visita la famosa Universidad de Harvard donde pasa largas horas recorriendo institutos, informándose de su funcionamiento y conociendo profesores eminentes. El poeta Longfellow le recibe en su casa a cuyo frente hay una encina bajo la cual Washington revistó el primer contingente de milicias que luchó por la independencia de las colonias inglesas. El filósofo Emerson pregunta al sanjuanino si en San Juan nieva porque «la nieva contiene mucha educación», singular pensamiento que siempre recordará Sarmiento. Invitado por Gould a su observatorio particular donde el astrónomo trabajaba en esos días en la clasificación de 40 estrellas de undécima magnitud, el Ministro ve y oye tales novedades que su poder asombroso de asimilación y deducción le sugieren la importancia que la astronomía puede tener en la agricultura, y de inmediato escribe a su gobierno aconsejando la fundación de un Observatorio.

Sarmiento ha dicho que si la misión de un diplomático es cultivar las buenas relaciones, él ha cumplido con superabundancia esa misión y ha consagrado el tiempo y el dinero en recorrer el país para visitar sus establecimientos públicos, conocer sus costumbres, mezclarse con el pueblo y, sobre todo, conocer escuelas y sistemas educacionales, «mientras el cuerpo diplomático juega al tresillo en Washington». Con ingenua y bella sencillez ha confesado su curiosidad por saber, insaciable, inextinguible. «Nadie habrá visto más que yo —ha dicho—, aunque muchos habrán viajado más que yo. Véolo en la muchedumbre que me acompaña: conversan, leen, duermen, sólo yo estoy pegado al vidrio de la ventanilla del tren desde que amanece hasta que anochece, con los ojos fijos siempre, viendo desfilar bosques, maíces, papas, casitas, fábricas, villas, cascadas y siempre viendo, mirando, alegre, silencioso, contemplativo. Todos los árboles nuevos para mí me llaman la atención, y si una yerbita es de mi país, yo la saludo al paso, como una amiga».

Bartolito Mitre, que le acompañó en muchas de sus inquietudes y andanzas ha recordado que el Ministro «andaba de Ceca en Meca visitando instituciones, estudiando prácticamente sistemas educacionales, asistiendo a congresos pedagógicos, escribiendo revistas del mismo género, importándole un pito de todas las plenipotencias del mundo con

tal de no faltar a ningún acto importante que se relacionase con la educación y acordándose de que era Ministro únicamente cuando el título podía abrirle la puerta del local en que se celebraba alguno de aquellos actos».

Pero su inmensa pasión, su desbordante actividad, no siempre encuentra eco y por instantes se desespera. «Escribir para pueblos que no leen es como saber heráldica entre labriegos», y al saber que los ejemplares de su libro *Las escuelas base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos* después de estar varios meses encajonados en la aduana de Buenos Aires, a la intemperie, han desaparecido en un incendio, exclama: «¡Señor, habed piedad de mí!»

### Doctor de Michigan

En un país donde no provoca celos ni resentimientos, donde vive realizándose ayudado por muchas personas de importancia intelectual que le consideran, Sarmiento pudo haber encontrado felicidad, si ciertas viejas ambiciones políticas y noticias ingratas llegadas de su país, no le ocasionaran congojas que alcanzaron el más profundo dolor de su vida cuando supo la muerte de su hijo Dominguito, muerto en la guerra contra el Paraguay, a los 21 años de edad. La señora de Mann trata de consolarle escribiéndole cartas llenas de ternura, y como ella sabe que su amigo sueña con el título de doctor honorario empieza las gestiones para conseguirlo. A Henry Barnard, un educador que ha recogido la antorcha de Horacio Mann y la empuña con la gallardía de un digno sucesor, le dice la bondadosa señora que es necesario hacer lo posible para que Sarmiento alegre su espíritu porque su reciente desgracia, la distancia, unida a las calamidades de su patria le tiene tan abatido que llega a pensar en alguna ocupación para ganarse la vida y en algún país donde acabar sus días, pero no sabe donde, pues toda la América hispana es un caos y en los Estados Unidos no cree poder abrirse camino porque le faltan méritos norteamericanos y le falta un título. Efectivamente, Sarmiento desea ser doctor y no lo disimula. La señora de Mann y sus amigos maniobran con eficacia y consiguen que la Universidad de Michigan le otorgue el ansiado título.

En los primeros días de junio de 1868, Sarmiento fue invitado al «*commencement*» de la Universidad de Michigan, es decir, a la fiesta

de fin de curso, a la colación de grados. Aceptó, como aceptaba siempre tales convites, y acompañado de Bartolito emprendió viaje para Ann Arbor donde asienta la famosa Universidad. En la mañana del 20 de junio se realizó la fiesta en el salón de la *Methodist Episcopal Church* porque la sala magna de la Universidad era reducida para los 2000 invitados. Poco antes de las 10 de la mañana tomaron asiento en el escenario del improvisado paraninfo el Rector, Dr. Erastus Otis Haven, a su izquierda el Ministro argentino, próximo a éste el secretario Mitre y Vedia; en otros asientos, decanos y profesores y el General Pope. A las 10 en punto se inició la ceremonia con el Hail Columbia a cargo de la banda del regimiento 43 de los Estados Unidos y enseguida empezaron los discursos que fueron 12, de acuerdo al programa oficial, amenizados, entre uno y otro, por la banda militar. Terminados los discursos el Rector distribuyó los diplomas a los recién egresados. Ya se aprestaba la concurrencia a retirarse creyendo que la ceremonia había terminado cuando el Rector anunció que como acto final entregaría los títulos honorarios a tres hombres ilustres que habían ganado tan extraordinaria distinción. Proclamó los nombres de los profesores Hubert A. Newton, del Colegio de Yale, y James R. Boyse, de la Universidad de Chicago, y ambos recibieron los títulos entre los aplausos del público. Quedaba un diploma sobre la mesa, el último. El Rector lo levantó bien alto y exclamó con voz sonora: «*Domingo Faustino Sarmiento, Embassador from the Argentine Republic and the President elect of that Nation*». Y volviéndose hacia Sarmiento, a quien debió saber a gloria la convicción con que el Dr. Otis Haven le había proclamado «presidente electo», elogió las virtudes del flamante doctor y viejo maestro de escuela e invitó al público a ponerse de pie, lo que hizo en medio de una verdadera ovación. Es de imaginar la emoción de aquel hombre tan desheredado de estudios regulares, aquél que entre fardos de tocuyo, barracanes y yerba, devoraba libros en su infancia; aquél que pagaba dos reales al sereno que le despertaba para estudiar en la madrugada; en fin, al que había soñado con tener títulos sin advertir que ser él, como Dios lo hizo, «Don Yo», era el mejor y el más original de todos los títulos.

En realidad, mientras sus amigos norteamericanos tramitaban su doctorado, otros amigos argentinos habían tramitado su Presidencia de la República Argentina.

## Sarmiento Presidente de la Argentina

El 23 de julio de 1868 se embarcó Sarmiento a bordo del Merrimac rumbo a Buenos Aires. Nunca mas volvería a pisar suelo norteamericano pero nunca olvidaría e ese país. «Adiós a los Estados Unidos! Llévolos aquí como recuerdo, como modelo». Llevaba consigo muchísima experiencia, inolvidables recuerdos y dos lindos bustos de mármol de Horacio Mann y de Lincoln que él mismo había encargado al escultor Rimmer, un lejano pariente de los Mann.

Durante el viaje tiene la certeza que ha sido elegido Presidente y como a tal lo reciben en el puerto de Buenos Aires. Le visitan maestros y alumnos y él pronuncia su primer discurso que es un programa de gobierno: «Ningun país del mundo está en peores condiciones que el nuestro para ser República porque estamos divididos en aristócratas y plebeyos y esa división es el fruto de la mala educación que se da. Vengo de un país donde hay 90.000 maestras y 10.000 maestros. Para hacer triunfar la democracia es necesario transformar la República en una escuela».

Al recibirse de la Presidencia invocó a Lincoln. Desde entonces y durante los seis años de su agitada presidencia tuvo en cuenta el modelo norteamericano para realizar su programa civilizador. Hizo traducir los grandes constitucionalistas de los Estados Unidos; contrató maestras para que enseñaran a niños y jóvenes, y, en definitiva, elevó el concepto de la Argentina y la conciencia nacional. Todos los 4 de julio los festeja como día de la libertad, de la democracia, de triunfo de la dignidad. Al Ministro plenipotenciario Mr. Enrique C. Worthington, le dice al despedirlo: «Al volver a los Estados Unidos decidles que aquí tienen un pueblo que como su gobierno simpatiza y es amigo de corazón de los Estados Unidos».

Después de seis años de gobierno, este Pedro el Ermitaño de la educación —como le llama Groussac— que clamaba «por ciudades y desiertos levantando a las muchedumbres para la conquista de la Jerusalem ideal, para la gran cruzada de la redención social», este civilizador que «gastaba energía de guerrero para su obra de concordia y pacificación, que inauguraba una escuela como si fuera un baluarte, y lo era realmente en su espíritu» terminó su presidencia.

Continuó su prédica y su acción civilizadora fuera del gobierno, contra los gobiernos, a pesar de los gobernantes. Trabaja sin dar

reposo a sus años. A su amiga lejana le comunica que ha vivido en un solo día, doce horas gloriosas escribiendo sobre los Padres Peregrinos que dieron nacimiento a las instituciones libres de los Estados Unidos y que mientras escribía se sentía «arrebatao por la grandeza del asunto, como se enciende el rostro del herrero que da forma al hierro candente».

De vez en cuando le llegan malas noticias. Muere María Mann, mueren Emerson y Longfellow y él publica biografías de aquellos amigos, de esos «Dioses» que se van.

El 30 de mayo de 1887 asiste a una manifestación escolar en su honor y pronuncia el último discurso de su vida y como presintiendo su próximo fin, sugiere cómo ha de ser su mortaja y termina celebrando que el destino le haya puesto al lado del «Ministro en cuyo país estudié las causas de su prodigioso desarrollo». El 11 de setiembre de 1888 falleció en la Asunción del Paraguay.

Sarmiento es hijo estupendo de la Argentina y, no obstante ciertas apariencias, es verbo y sustancia de la hispanidad. El admiró a los Estados Unidos en sus instituciones, en sus sistemas educacionales, en el orden y seguridad de su vida, en la fe por la democracia y la libertad y en sus grandes civilizadores. Levantó a guisa de su cruzada civilizadora el pendón de la educación popular y se trabó en la más formidable, desigual y porfiada lucha contra la ignorancia, la rutina y la incomprensión. Muchas veces le abatieron y aunque en definitiva triunfó, todavía está inconcluso su programa ideal. «He labrado mi tosco capullo —dijo al final de su vida— y sin llegar a ser mariposa me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me siguen». Y en verdad que está vivo el numen de aquel hombre asombroso sin cuya vida faltaría algo muy grande en la historia de la Argentina y de la América Hispana.